

Los años sesenta y sus huellas en el presente

POR HUGO FAZIO VENGOA*

FECHA DE RECEPCIÓN: 20 DE FEBRERO DE 2009
FECHA DE ACEPTACIÓN: 23 DE ABRIL DE 2009
FECHA DE MODIFICACIÓN: 17 DE JUNIO DE 2009

RESUMEN

El presente es una condición de tiempo que se expresa en términos de duración. El presente actual es un intervalo de tiempo cuyos orígenes se remontan al año-acontecimiento de 1968, coyuntura que catalizó una poderosa y silenciosa revolución sociocultural, algunos de cuyos principales rasgos consistieron en el advenimiento de una nueva modalidad de capitalismo, la emergencia de nuevos actores y movimientos, la subsunción de la modernidad clásica dentro de la modernidad mundo, el desarrollo de un régimen de historicidad presentista y global, la intensificación de la globalización, la transformación del mundo en una categoría histórica y el tránsito hacia la historia global.

PALABRAS CLAVE:

Historia del tiempo presente, presente histórico, relaciones internacionales, acontecimiento, modernidad, globalización.

The sixties and their current legacy

ABSTRACT:

The present is a condition of time that varies in its length. The contemporary present is an interval of time whose origins date back to the year and events of 1968, a conjuncture that catalyzed a powerful and silent socio-cultural revolution. Some of the main features of this revolution include the beginning of a new modality of capitalism, the emergence of new actors and social movements, the subsumption of classic modernity within world global modernity, the development of a regime of global and present-focused historicity, the intensification of globalization, the transformation of the world into a historical category, and the transition towards global history.

KEY WORDS:

History of the Present, Historical Present, International Relations, Event, Modernity, Globalization.

Os anos sessenta e seus rastros no presente

RESUMO

O presente é uma condição de tempo expressada em termos de duração. O presente atual é um período de tempo cujas origens remontam ao ano-acontecimento de 1968, conjuntura que materializou uma poderosa e silenciosa revolução sócio-cultural. Algumas de suas características principais consistiram no surgimento de uma nova modalidade de capitalismo, a emergência de novos atores e movimentos, a subsunção da modernidade clássica dentro da modernidade do mundo, o desenvolvimento de um regime de historicidade presentista e global, a intensificação da globalização, a transformação do mundo em uma categoria histórica e o trânsito para a história global.

PALAVRAS CHAVE:

História do tempo presente, presente histórico, relações internacionais, acontecimento, modernidade, globalização.

* Historiador, Universidad Amistad de los Pueblos, Moscú; Magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá y Doctorado en Ciencia Política, Université Catholique de Louvain, Bélgica. Sus publicaciones más recientes son: *Los caracteres fundamentales de la primera globalización*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2008; *La historia y el presente en el espejo de la globalización*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2007; *Cambio de paradigma. De la globalización a la historia global*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2007. Actualmente se desempeña como profesor titular y director del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: hfazio@uniandes.edu.co.

Desde hace una veintena de años, en conformidad con las grietas cada vez más grandes que empezaban a derruir el Muro de Berlín, y sin que fuera una simple coincidencia, un tema comenzó a aparecer con cierta regularidad en la literatura académica: un número cada vez mayor de analistas, que se interesaban por ofrecer ciertas herramientas analíticas estratégicas para la comprensión de la contemporaneidad, propusieron variadas síntesis sobre el nuevo período que se iniciaba como resultado de la descomposición del sistema soviético y, con esta preocupación en mente, se enfrentaron al problema de tener que precisar el marco temporal del presente que entonces se vivía. Dos tendencias animaron el debate.

Un reducido grupo de estudiosos, entre los cuales la figura más destacada, polémica y comentada fue el politólogo Francis Fukuyama, trató de descifrar las claves de la contemporaneidad con base en el presupuesto de que la década de los años noventa del siglo XX iniciaba una nueva época en la historia de la humanidad; en la medida en que las viejas contradicciones del pasado habían quedado irremediablemente atrás, se había llegado a un final “de la historia”. No está de más recordar que el analista norteamericano argumentó en ese momento que con la caída del Muro de Berlín y la desaparición del socialismo en el continente europeo se había llegado al fin de la historia, en tanto que se había desvirtuado el último y más serio intento de generar una contradicción que supusiese una amenaza al capitalismo, la economía de mercado y la democracia liberal, procesos que, en estas nuevas coordenadas, encontraban un terreno abonado para su ulterior expansión y universalización (Fukuyama 1992).

En clara oposición a este tipo de interpretaciones, otro grupo de estudiosos del momento que se vivía, siguiendo procedimientos más convencionales de la disciplina histórica, prefirió historizar el presente y se interesó por ofrecer una lectura de la contemporaneidad con base en la determinación de una fecha o un evento que interviniera como germen o factor fundacional de dicha actualidad (Huntington 1996).

Aun cuando a primera vista el tratamiento que le daban al problema pudiera parecer ser el mismo, en realidad, un elemento abría una profunda brecha entre ambas

perspectivas. Mientras que los primeros arrancaban de una situación de inmediatez para valorar mediante una visión retrospectiva la manera como se había llegado a la coyuntura existente, y a partir de estas coordenadas inferir ciertos elementos que debían conformar la nueva etapa que se iniciaba, los segundos, de manera más convencional, ofrecían una visión más *paseísta* de la historia, es decir, trataban de entender cómo desde un determinado pasado se había llegado a la situación presente, procedimiento que debía permitir deducir de manera hipotética ciertos escenarios futuros.

Hemos querido iniciar este trabajo recordando este problema de procedimiento analítico entre dos disímiles lecturas de la contemporaneidad porque somos de la opinión de que para entender la situación presente del mundo se debe optar por un recurso analítico que reúna ciertos elementos de ambas perspectivas, pero que deseché otros: de la primera –aunque no compartamos sus supuestos usuales, y menos aún el carácter teleológico que Fukuyama le asignaba a la historia– nos interesa destacar el procedimiento “arqueológico y genealógico” (Catucci 2008, 21) del presente, es decir, la hipótesis de que la actualidad más inmediata brinda información y análisis importantes –y, en ese sentido, constituye una adecuada ventana– para incursionar en la naturaleza del presente histórico, así como para determinar sus elementos fundacionales; de la segunda, renunciamos también a sus posturas simplistas y por lo general ideologizadas, como el evolucionismo que presupone el presente como un simple producto del pasado, pero retomamos la suposición de que el presente debe entenderse como un proceso que se realiza en la duración (Zariffian 2001).

Ahora bien, la centralidad académica y política que sigue revistiendo este asunto obedece a que la frecuencia con que se ha ido desarrollando la polémica sobre la naturaleza del presente histórico ha sido proporcional al desgaste que ha experimentado el año que habitualmente ha sido utilizado como el acontecimiento *epoch making* de la historia contemporánea. Nos referimos obviamente al año de 1945.

Hasta hace un puñado de lustros, con toda seguridad nadie se hubiera atrevido a cuestionar la importancia histórica que en la promoción del presente le correspondió al año-acontecimiento de 1945; evento que, en efecto, partió en dos el siglo XX, además de constituir la consagración de la finalización de una de las guerras más cruentas que haya conocido la humanidad, marcó el inicio de la Guerra Fría –principal esquema de orga-

nización de la política mundial— y consolidó el poder de dos grandes potencias —Estados Unidos y la Unión Soviética—, las cuales dispusieron por más de cuarenta años de la capacidad de desplegar sus acciones a lo largo y ancho del planeta y subsumir las demás lógicas de actuación internacional dentro de sus actividades y referentes.

Hoy por hoy —cuando más de sesenta años nos separan de ese año tan cargado de significación para la historia del siglo XX, y no obstante la importancia que ciertos gobiernos le siguen asignando, como ocurrió con el ex presidente Putin y el apoteósico “homenaje” que le tributó a la finalización de la guerra mundial en 2005—, la discusión sobre el evento germinal del presente histórico sigue revistiendo una alta importancia académica y política; académica, porque cuando una coyuntura histórica como la actual logra reconocerse en un acontecimiento, entonces, con esta genealogía el presente se dota de profundidad temporal, se proyecta y se realiza dentro de un determinado sentido; políticamente, porque cuando es escaso el conocimiento sobre los elementos característicos de un período, aseveración tanto más válida cuando se trata de la fase contemporánea, entonces, se pierden los puntos de referencia y se reproducen equívocos analíticos e interpretativos, tal como ha ocurrido a lo largo de las dos últimas décadas, cuando se ha argumentado que el mundo actual sería borrascoso, incomprensible, o que representa un “desordenado” ordenamiento mundial (Todorov 2003).

Esta angustia que se ha experimentado frente al presente en buena medida ha obedecido a que el derrumbe del socialismo se llevó por delante los puntos de referencia que le daban un marco de inteligibilidad y de previsibilidad a la política mundial, tal como se desprendían del guión de la Guerra Fría, sin que ningún libreto entrara a actuar como sustituto.

El quid de la cuestión, en realidad, no es el desorden; más bien, lo que ocurre es que después del remezón sistémico de finales de los ochenta —cuando sobrevino el derrumbe del sistema socialista soviético—, la disciplina de la historia y las restantes ciencias sociales, que se vieron totalmente superadas por los hechos, no han logrado encontrar las claves que permitan descifrar la naturaleza de nuestro presente, dar cuenta de la historicidad de nuestra contemporaneidad, y, desde luego, una situación con tal grado de complejidad genera incertidumbre, incredulidad y una alta dosis de inseguridad. Esclarecer este asunto es, a nuestro juicio, un tema que reviste la mayor importancia, porque ocurre que, cuando se desconocen el entorno y el contexto en que se vive,

la contemporaneidad produce angustia y pesimismo, pero cuando se esclarecen sus rasgos fundamentales, el presente se convierte en una oportunidad y tiende a prevalecer la actitud contraria: el optimismo.

Como vemos, las razones de esta preocupación son bastante obvias. Pero antes de proseguir con el desarrollo de este tema debemos hacer unas breves referencias a un conjunto de reflexiones novedosas que ha introducido el conocimiento histórico en relación con las periodizaciones, tanto las pasadas como las referidas a períodos cercanos. Primero, tal como ha sugerido Giuseppe Galasso (2000), una periodización es mucho más que la cronología; constituye un procedimiento heurístico que requiere de un alto sentido histórico. Su fundamento se reconoce en los principales registros de un determinado momento, en los intereses, las pasiones, las ideas que gobiernan el tiempo presente, así como en la necesidad inmediata e irreprimible de la contemporaneidad de esclarecer las raíces y las condiciones de su ser y de su actuación. Una periodización como la que aquí nos interesa construir tiene que constituir una especie de *autobiografía del presente*, cuya fisonomía pueda ser asimilada prestamente, con una sola mirada.

Segundo, aunque pueda sonar a una verdad de Perogrullo, en realidad, hasta hace no mucho era bastante común que se identificara una época o un período histórico con el inicio y con la finalización de un determinado siglo. En la actualidad, por el contrario, a medida que se ha sofisticado el entendimiento del papel que le corresponde al tiempo en la historia, que cada vez es identificado menos con el mero registro cronológico y más con la duración, ha ganado fuerza la tesis de que los períodos históricos por lo general no coinciden con las fronteras cronológicas convencionales que se organizan en torno a los siglos (Rémond 2007). Así lo hizo saber también hace algunos años Eric Hobsbawm, en su imponente obra sobre el siglo XX, cuando definió la centuria que se aproximaba a su desenlace como el siglo “corto”, que habría debutado tardíamente en 1914 y que habría experimentado una finalización apresurada en 1989, en evidente contraposición al largo siglo anterior, que se habría extendido desde 1789 hasta que sobrevino el estallido de la Primera Guerra Mundial (Hobsbawm 1997).

Tercero, el hecho o la situación que marca el inicio de un período histórico se representa invariablemente en un acontecimiento. La identificación del inicio de un período con una situación de significación obedece a que esta última, cuando goza de la dignidad de ser un

evento estructural o un macroacontecimiento, dispone de la cualidad de establecer una notoria demarcación entre un “antes” (el indefectible cierre de un capítulo) y un “después”, proyección con la cual el mismo evento indica la inauguración de un nuevo comienzo. Obviamente, no todos los acontecimientos gozan de este estatus particular. En su mayoría, los eventos –muchos de los cuales en nuestro presente son enaltecidos por los medios de comunicación (Chesneaux 1996) y llegan a ser conocidos por millares de personas– carecen de profundidad y de significación como para determinar un cambio de época o de era y, por lo general, sus fosforescencias se extinguen rápidamente, tal como le gustaba recordar a Fernand Braudel (2002).

La demarcación entre el “antes” y el “después” que introduce el acontecimiento debe ser notoria, pero de ningún modo debe ser pensada como un corte radical y total. Nunca un acontecimiento es una ruptura completa en el desarrollo humano, porque siempre conjuga elementos de ruptura (novedad) con otros de continuidad (larga duración). “Las civilizaciones sobreviven a las conmociones políticas, sociales, económicas, incluso ideológicas, que, además, ellas dirigen insidiosamente, a veces poderosamente. La Revolución Francesa no fue una ruptura total en el destino de la civilización francesa, ni la Revolución Rusa de 1917 en el de la civilización rusa [...]” (Braudel 1969, 303), sentenció Fernand Braudel. En la historia no existen los compartimientos herméticos, y en las coyunturas históricas las tendencias que apuntan hacia el cambio conviven, en ocasiones, dialécticamente y, en otras, simbióticamente con ciertos elementos de permanencia.

Por último, la significación del acontecimiento fundador de un determinado presente se mantiene vigente mientras éste contenga en sí y sea capaz de irradiar ciertos rasgos en los cuales una contemporaneidad se siente representada. O para decirlo en palabras de Geoffrey Barraclough (2005), historiador que escribió una obra pionera dedicada al estudio de la condición histórica de la contemporaneidad, el presente se inicia cuando los problemas que son actuales en el mundo de hoy asumen por primera vez una fisonomía más o menos clara.

Para comprender este asunto en toda su dimensión, es menester recordar que el presente no debe entenderse ni como “un delgado hilo de tiempo” que separa el pasado del futuro (Garton 2000) ni tampoco como un contenedor de tiempo (Institut d’Histoire du Temps Présent 1993; Koselleck 2001); el presente es, en realidad, un intervalo temporal, relativamente elástico, cuyas fron-

teras cronológicas varían permanentemente, en correspondencia con el tipo de problemas con los que se representa a la humanidad en una coyuntura específica (Fazio 2007a). De ahí se infiere que no existe ninguna cosa o situación que podamos definir como un presente cuya validez se extienda por todo tiempo y lugar. El presente sufre una permanente transformación, y con sus reiteradas inversiones válida de manera siempre cambiante su relación con el pasado y con el futuro.

Para el caso que aquí nos interesa conviene tener en mente esta última idea, porque la transformación que el presente experimenta de manera ininterrumpida permite colegir que ya no tiene ninguna validez el hecho de seguir aferrados a una concepción de la historia que pretenda redimensionar el año de 1945 como el gran punto de inflexión en el desarrollo del mundo que habría inaugurado la etapa de la historia contemporánea. Si nos encontráramos realizando esta reflexión en el fragor de la década de los sesenta o de los setenta del siglo pasado seguramente no tendríamos motivo para dudar, y a ciencia cierta ni siquiera nos plantearíamos un problema como éste. La finalización de la Segunda Guerra Mundial había dado a luz la Guerra Fría, y la amenaza de una guerra nuclear, que era su más evidente corolario, pendía como espada de Damocles sobre la cabeza de todos los habitantes del planeta. El año 1945 representaba, en efecto, el nacimiento de aquella contemporaneidad que entonces se vivía, contenía el significado intrínseco del ordenamiento mundial prevaliente y precisaba además el tipo de conciencia y de representación entonces predominante. Pero a un poco más de sesenta años de distancia, ¿podemos valorar hoy en día ese año-acontecimiento de la misma manera? ¿Es todavía un acontecimiento capaz de definir la contemporaneidad que se vive actualmente? Con toda seguridad ambas preguntas recibirán una respuesta negativa.

Tal como sosteníamos con anterioridad, un acontecimiento puede ser considerado como precursor de una correspondiente contemporaneidad cuando dicho evento contiene un conjunto de elementos que convoca y/o que representa a los individuos en una determinada coyuntura histórica. Esto es precisamente de lo que carece el año-acontecimiento de 1945 para los ciudadanos del siglo XXI: no dice mucho sobre los principales problemas y circunstancias que caracterizan nuestra contemporaneidad ni tampoco sobre la manera como habitualmente se representan los asuntos nacionales y/o mundiales. Sólo un puñado de nostálgicos del esquema bipolar anterior (como algunos de los más importantes asesores del gobierno de Bush junior) pretendió, a partir

de la década de los años noventa, seguir interpretando las coordenadas de la política mundial al tenor de los lineamientos de la Guerra Fría. No sólo representaban una clara minoría: más importante es el hecho de que sus acciones reñían con la voluntad de la “opinión pública” mundial y se encontraban totalmente desfasadas con respecto a las dinámicas más características de nuestro presente (Fazio 2004).

Además, concebir un intervalo de tiempo como un *continuum* que se prolongue desde 1945 hasta el segundo lustro del siglo XXI reproduce también otro tipo de inconveniente: no sólo dice poco o casi nada sobre la realidad actual –o sea, no representa el tipo de problemas que aquejan a nuestra contemporaneidad–, sino que, además, imaginar que pueda seguir existiendo un vínculo entre el presente más inmediato y 1945 hace correr el riesgo de que muchos de los rasgos más consustanciales de nuestra inmediatez terminen siendo extrapolados a ese ayer y se introduzcan como elementos adicionales que distorsionen las cualidades de lo que fue aquel capítulo del enfrentamiento bipolar, cuya naturaleza se aprehende de manera más precisa, por ejemplo, a través del concepto de mundialidad –dada la lógica de lo internacional predominante en ese momento–, que del de globalidad, tal como la hemos experimentado en el transcurso de las últimas décadas. En síntesis, de lo anterior se puede colegir que no existe ninguna clara correlación o identificación entre lo que ocurrió hace cuatro o cinco décadas y el significado y el sentido que comporta nuestra contemporaneidad más inmediata.

Cuando comenzó a caer en desuso la fecha-acontecimiento de 1945 en su calidad de momento de iniciación del presente histórico, un buen número de analistas propuso recurrir a un procedimiento muy simple: adelantar la fecha, conservando el mismo esquema de interpretación, y sustituir la finalización de la Segunda Guerra Mundial por el otro importante año-acontecimiento de 1989, dado que esos meses contienen la simbología de la terminación de la Guerra Fría. Además del antes citado Eric Hobsbawm, como ejemplo se puede mencionar al historiador Henry Rousso, para quien ya no es posible concebir la Segunda Guerra Mundial como la matriz del tiempo presente, y por ello sostiene que la caída del Muro de Berlín invita a emprender otro tipo de periodización (Rousso 1998). De un parecer similar es François Hartog (2003), quien propuso considerar a 1989 como el año fundador de nuestro presente histórico, en la medida en que el intervalo temporal del régimen moderno de historicidad se habría desarrollado entre dos fechas simbólicas: 1789 y 1989, y a partir de la década de los

noventa del siglo XX se habría dado inicio al régimen de historicidad que sería propio de nuestro presente.

Evidentemente, el año-acontecimiento de 1989 constituye un momento abigarrado de significación en la determinación de nuestra contemporaneidad. Empero, tal como hemos sostenido en un trabajo anterior, fue un tipo de evento que no se explica por sí mismo; fue más bien un tipo de acontecimiento que sincronizó muchas dinámicas que venían desarrollándose desde tiempo atrás, tales como la emergencia de un capitalismo de tipo transnacional, la sobreposición de nuevos referentes políticos e ideológicos, el desarrollo de nuevos movimientos sociales, las dinámicas de individualización, etc., con la única novedad, muy relevante por cierto, de que ubicó a muchas de estas tendencias dentro de un gran movimiento envolvente. Este último elemento, es decir, la capacidad de concatenar elementos que antes se expresaban de manera dispar, contribuyó poderosamente a alimentar el imaginario de que el mundo estaba ingresando en una nueva era –caracterizada por la globalización–, y que esta nueva era, en su vertiente política, insinuaba el advenimiento de un nuevo “orden mundial”, tal como lo anhelara el entonces presidente norteamericano. En pocas palabras, somos de la opinión de que 1989 es un tipo de año-acontecimiento que indica claramente la finalización de un “antes” (la contienda bipolar), pero, en su esencia, no explica de manera suficiente las coordenadas que han potenciado el “después”.

Ante las dudas que depara 1989 no han faltado autores que han considerado el ataque contra el Pentágono y las Torres Gemelas como un acontecimiento *dividing*, el parte aguas de una nueva época, verdadero inicio del siglo XXI, en la medida en que habría sido un hecho histórico por todos conocido y cuya producción, además, quedó inscrita en un ámbito público mundializado. Ya hace algunos años nos preguntábamos sobre cómo evaluar la importancia de este suceso y tratábamos de valorar su significación mediante una comparación entre el 11/9 (el ataque a las Torres) con el 9/11 (la caída del Muro de Berlín), para revisar si se podía considerar como un acontecimiento “estructural”, o si, más bien, se debía interpretar como un evento más episódico, más localizado, frugal, y con menos carga histórica.

En esa ocasión escribíamos (tesis que ahora retomamos en su integridad porque el desarrollo histórico ha terminado por confirmar lo que, en ese entonces, parecía ser una simple conjetura) que –pese a que era difícil determinar su alcance, porque nos encontrábamos aún bajo

los efectos de los esplendores del fenómeno, desconocíamos cuáles serían sus consecuencias, su alcance y desenlaces— concordábamos con la postura intelectual del historiador británico Timothy Garton Ash, cuando sostenía que el ataque terrorista se ubicaba “a medio camino entre ambos tipos de eventos, pero más cerca del primero, aun cuando probablemente nunca llegue a revestir la carga valorativa que tuvo la caída del Muro de Berlín” (Garton 2001).

En efecto, se puede argumentar que el ataque terrorista de 2001 no entrañó la finalización de ningún “antes” y que el “después” no se configuró a partir de la carga real o simbólica que comportaba el evento, sino que entró a depender en lo fundamental de la voluntad y de las opciones políticas que en su momento se trazaron algunos de los actores más influyentes del sistema internacional (Fazio 2002). Los casi ocho años que nos separan de ese dramático acontecimiento han demostrado de manera concluyente que el intento de la primera administración Bush por convertir al 11 de septiembre de 2001 en un acontecimiento fundacional de un “nuevo orden mundial” no logró plasmarse en una realidad; ya en su segundo mandato tal pretensión comenzó a ser desechada y todo parece indicar que el nuevo equipo en la Casa Blanca está decididamente interesado en enterrar el unilateralismo de su antecesor.

En síntesis, somos de la opinión de que ninguno de los acontecimientos que usualmente se han utilizado para determinar el nacimiento de nuestro presente histórico cumple los requisitos necesarios para definir nuestra contemporaneidad. Ahora bien, si ninguna de estas situaciones puede ser considerada como productora de nuestra actualidad, entonces, sigue abierta la pregunta: ¿cómo debemos interpretar el nacimiento de nuestro presente histórico? Tal como hemos tenido ocasión de exponerlo en más de una oportunidad, nuestra tesis consiste en que el presente histórico contemporáneo hunde sus raíces en aquellos convulsionados años de finales de la década de los sesenta del siglo pasado, siendo 1968 el año-acontecimiento que mejor simboliza este conjunto de tendencias.

Somos conscientes de la perplejidad que debe haber despertado la proposición que acabamos de ofrecer. En la opinión pública prevalece la idea de que 1968 fue un año romántico, desesperanzador (Kurlansky 2004), que no catalizó ninguna revolución social y, por ende, no consumó no sólo ningún ordenamiento, sino que tampoco habría dejado mayores huellas en el desarrollo del “después”. De dicho parecer es nuestro bien citado Eric

Hobsbawm, cuando escribe que “1968 no fue el fin ni el principio de nada, sino sólo un signo” (Hobsbawm 1999).

A nuestro modo de ver tuvieron que transcurrir un par de décadas, sobrevenir una pléyade de importantes acontecimientos, entre los cuales un lugar destacado, pero no único, le correspondió a la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 —aquel 89 que ha invertido numerológicamente el 68, aquel 9/11 que antecedió al 11/9—, y desplegarse una serie de tendencias en los más variados campos y ámbitos sociales, para que se develaran algunos de sus más recónditos significados, para que sus claves más profundas pudieran empezar a ser reconocidas.

Esta situación, es decir, la valoración retrospectiva en positivo del acontecimiento, obedeció al hecho de que el 68 no fue un evento germinal del tipo de una revolución social o una guerra de grandes proporciones, sino una silenciosa transformación sociocultural, razón por la cual la simbología que encerraba ese crucial año no pudo ser decodificada en la inmediatez y se requirió que sobrevinieran otros acontecimientos con posterioridad (particularmente, 1989), que emergieran claramente a la luz los procesos por ella catalizados, para que se comenzara a entender su sentido más intrínseco.

Sólo a la distancia temporal el 68 dejó de ser un simple “signo”, una circunstancia, y se convirtió en un acontecimiento, se trocó en historia; fue a partir de estos eventos posteriores que se logró comprender la expansión que registraban sus vibraciones y se tomó conciencia de su carácter inaugural. Es decir, sólo después de haberse interiorizado el impacto ocasionado por incidentes y situaciones posteriores se pudo comprender su significado más profundo, que no fue otro que el hecho de simbolizar una significativa revolución sociocultural, muchas de cuyas reverberaciones aún perduran y todavía alteran el día a día de la cotidianidad.

Pocos fueron los académicos que en el fragor de esa coyuntura tuvieron una mirada amplia como para percibir lo que estaba en juego y reparar en que el 68 representaba una profunda revolución sociocultural. Entre estos convendría recordar a Fernand Braudel, quien, casi contemporáneamente con estos sucesos, se atrevió a comparar los acontecimientos que *simbólicamente* se sintetizan en torno a “Mayo del 68” con revoluciones culturales tan trascendentales en la historia de Europa y mundial como el Renacimiento o la Reforma, puesto que sacudieron el edificio social, rompieron los hábitos y las resignaciones, y todo “el tejido social y familiar

quedó lo suficientemente desgarrado, como para que se crearan nuevos géneros de vida en todos los niveles de la sociedad” (Braudel 1979, 790). Sólo tiempo después, otros analistas han comprendido el carácter radical que comportó este evento y han comenzado a interpretar el 68 como una “verdadera revolución mundial” (Arrighi 1999) o como el momento en que se resquebrajó “el entramado social sobre el que se apoya el mundo industrial de los ‘tiempos modernos’. Sus protagonistas, esos jóvenes nacidos después de la Segunda Guerra Mundial, ya no soportan lo que denuncian como hipocresías de la sociedad burguesa” (Cohen 2001, 36).

El año 1968, de tal suerte, cumple en efecto con todas las condiciones que antes señalábamos como para que sea considerado un acontecimiento “estructural”, con capacidad suficiente para personificar el advenimiento de nuestro presente histórico: de una parte, porque estableció un significativo corte que condujo a la finalización del “antes”. Esta ruptura con lo pasado puede ser observada en dos niveles: en una perspectiva de *mediana duración* o de *coyuntura histórica*, el final de los sesenta representó un momento muy particular porque marcó el inicio de la Tercera “Revolución” Industrial (Ominami 1986), proceso que se ha extendido por cuatro décadas y aún continúa su implacable curso. Este nuevo ciclo, caracterizado por la robotización, la automatización y la incorporación de los avances informáticos en el ciclo productivo, ha significado, al igual que la Revolución Industrial decimonónica (Kern 1995), una gran transformación de las escalas de tiempo y de espacio con las que operan las sociedades y los individuos.

Este acelerado proceso de transformación se realiza también a través de los nuevos medios de comunicación, los cuales radicalizan el funcionamiento de la economía, alteran las anteriores concepciones de tiempo e imponen un acentuado sentido de inmediatez, de urgencia. La televisión, más que cualquier otro medio, dispone de una temporalidad autónoma que ignora lo que antecede y lo que sucede, el videoclip, con lo cual suprime la posibilidad de construir un sentido que trascienda la misma inmediatez (Castells 2006).

Esta coyuntura histórica fue también el momento en que comenzó la finalización del orden económico de Bretton Woods (Brenner 1996) —la primera crisis del oro data de 1968—, y el de los “milagros” económicos de posguerra —“los años dorados”, “los treinta gloriosos”, etc.—, los cuales experimentaron un rápido desgaste —inflación, reducción de las tasas de crecimiento, aumento del desempleo, fuertes desequilibrios fiscales y finan-

cieros, etc.— (Frieden 2006). El campo socialista y el entonces llamado Tercer Mundo no corrieron con mejor suerte. Desde la segunda mitad de los sesenta los sistemas socialistas de tipo soviético entraron en barrena y el *desarrollismo*, expresión generalizada del esquema de sustitución de importaciones, inició también su lento pero inexorable declive, hasta que sobrevino la crisis financiera de 1982 (O’Brien y William 2004).

En el nivel político, la importancia de esta coyuntura histórica en ningún caso fue menor que lo que ocurría en el nivel económico: el año de 1968, en particular, se convirtió en el verdadero punto de inflexión del esquema de la Guerra Fría —la Primavera de Praga; máximo paroxismo de la guerra de Vietnam; la reorientación internacional de la China continental, etc.— (Fink, Gassert y Junker 2003). Fue a partir de esta coyuntura que se comenzó a experimentar el indefectible ocaso de las dos superpotencias, proceso que ni la “segunda ola” de la Guerra Fría de inicios de los ochenta pudo volver a recomponer (Westad 2005). También fueron unos años en los que el mundo vio emerger y consolidarse una pléyade de nuevos actores institucionales (*v. gr.*, “las potencias mercaderes”) y se activaron inéditos movimientos sociales (Kaldor 2004), dinámicas ambas que, en su conjunto, trastocaron de modo sensible la mundialidad entonces en boga.

De otra parte, si una somera revisión de la coyuntura histórica demuestra la vitalidad y la importancia que encerraron estos años, el asunto se vuelve aún más diáfano cuando se acomete un análisis de *larga duración* —el movimiento de las aguas más profundas—, porque se observa mejor la manera como finales de los sesenta significó la finalización del “antes” y brinda al mismo tiempo una importante información sobre los elementos constitutivos que posibilitaron la promoción de un “después”. En páginas anteriores ya hicimos mención con Braudel sobre algunos componentes de la revolución sociocultural que ocasionaron estos cruciales años, razón por la cual no volveremos sobre ello. Otra orientación que se inscribe dentro de esta misma secuencia consiste en la acentuación de los procesos de individuación, dinámica que ha apuntado en el sentido de dilatar el presente, en la medida en que las personas comienzan a realizar sus expectativas de manera inmediata, al margen de la comunión dentro de una colectividad (Beck 2002).

Otra tendencia fue una radical reorientación en el funcionamiento del capitalismo, que ocasionó el tránsito del fordismo al posfordismo, esquema este último que se ha caracterizado por el apego de formas flexibles de

acumulación (Harvey 1997), con lo cual se selló el paso de los anteriores esquemas de capitalismo nacional hacia formas cada vez más transnacionales de organización de la economía. Esta transformación, en buena medida, vino motivada por el hecho de que el mercado fue liberado de las viejas ataduras sociales (Polanyi 1997), y esta autonomía le imprimió un sello muy particular a la economía capitalista. La carrera por la rentabilidad, la productividad, la flexibilidad, la privatización, la exclusión, etc., ha convertido lo obsoleto en un rasgo determinante de un sistema en el que predominan el aquí y el ahora. La flexibilización de los sistemas productivos ha traducido todo en inmediatez y ha expandido el tiempo, que se organiza sincrónicamente en el mercado.

Esta transformación en el funcionamiento de la economía es un indicador de un cambio de naturaleza más sistémica: la subsunción de la modernidad clásica dentro de un escenario de modernidades entramadas (Gwynne y Kay 2004), como resultado de que, a medida que se intensifican las tendencias globalizantes y alcanzan una mayor intensidad los nuevos circuitos espaciales globalizantes, se entrecruza el destino de un número cada vez mayor de experiencias históricas regionales, nacionales y locales. De suyo, esta situación conduce a que se socaven los propósitos o las condiciones universalistas propias de la modernidad tradicional. Como hace poco concluía Charles Taylor:

Deberíamos dejar de ver la modernidad como un proceso unificado del que Europa sería el paradigma, para concebir el modelo europeo como el primero, sin duda, y como el objetivo de cierta imitación creativa, naturalmente, pero a fin de cuentas como un modelo más entre muchos otros, una provincia dentro del mundo multiforme que esperamos que emerja de forma ordenada y pacífica (Taylor 2006, 226).

Esta coyuntura histórica en torno a 1968 operó en su “después” otras tres transformaciones no menos significativas, las cuales expondremos conjuntamente porque comparten muchos elementos y presupuestos: primero, el advenimiento de un régimen de historicidad presentista y global; segundo, la renovación de un esquema de globalización mundializada por una globalización intensa que se realiza de manera *glocal*, y, por último, el reemplazo de la historia mundial como expresión de universalidad por una naciente *historia global* (Fazio 2007b).

Es con base en estos elementos que sostenemos que el año-acontecimiento de 1968 contiene un gran número de elementos en los cuales fácil y rápidamente

los individuos de inicios del siglo XX pueden sentirse representados. Para comenzar el recorrido sobre este último punto recurramos al historiador italiano Agostino Giovagnoli, quien, en un célebre texto sobre la historiografía contemporánea, brindaba un interesante marco de comparación entre el momento y las circunstancias en que se produjo el advenimiento del discurso sobre lo moderno y la coyuntura histórica de finales de los sesenta que nos interesa destacar.

El pasaje a la idea moderna de historia fue acelerado por el gran terremoto que destruyó Lisboa en 1755: para todos los intelectuales europeos, de Voltaire a Kant, aquel acontecimiento representó un fuerte empuje para pensar la historia como el progresivo dominio de la razón humana sobre las fuerzas oscuras de la naturaleza. A la generación de 1968 el problema pareció plantearse en los términos opuestos: las catástrofes, el enemigo y el mal podían provenir del interior, más que del exterior; de la sociedad, más que de la naturaleza. Toda la sociedad estaba sometida al dominio del terror, no a pesar, sino gracias al progreso, el cual traicionaba la antigua promesa de resolver gradualmente todos los problemas de la humanidad, amenazando, además, con crear otros más graves (Giovagnoli 2005, 60).

Este aspecto reviste la mayor importancia porque el año de 1968 simbolizó el inicio de un cambio de gran trascendencia, como la radical renegociación social del tiempo, a través de la sustitución de un futuro que ya no colma esperanzas por un presente omnipresente que gobierna a las nuevas generaciones. Visto desde esta perspectiva, es que sostenemos que esta nueva subjetivación del tiempo ha entrañado el fin del viejo régimen de historicidad y su reemplazo por uno que tiene como rasgos básicos el hecho de ser *presentista*, tal como lo definió François Hartog en un texto antes citado, y *global*.

Esta proclividad por la presentización de las sociedades contemporáneas fue expresada clara y sucintamente hace algunos años por el politólogo francés Zaki Laidi, cuando sostenía que un rasgo fundamental de la contemporaneidad consiste en que este registro de tiempo se desenvuelve en medio de un *presente omnipresente* y se asemeja a una *sociedad de urgencia*:

La fortaleza de la urgencia en nuestra sociedad refleja esta sobrecarga del presente ante el cual expresamos nuestras expectativas y que nos conduce a exigir del presente lo que antes se esperaba del futuro. En todo el mundo, las sociedades políticas parecen estar con-

frontadas a los mismos problemas, a los mismos desafíos, incluso en la manera de enunciarlos. Se habla hoy de la crisis del Estado, de la privatización del sector público, de la transparencia de la administración, de la valorización del capital humano, sin hacer mención de temas más políticos como el tránsito al mercado o a la democracia. De aquí se desprende el sentimiento de vivir una temporalidad única (Laïdi 1998, 18-20).

Este presente omnipresente altera obviamente las relaciones que mantiene con el futuro y con el pasado. Al ensancharse el presente, el futuro se convierte en un *futuro presente*. Esto se observa, por ejemplo, en la centralidad que han comenzado a ocupar los riesgos, los cuales no significan catástrofe, “sino su anticipación en el presente” (Beck 2008). Los riesgos en el presente se han deslocalizado y, en ese sentido, se han globalizado. Como está ampliamente documentado, las actividades para contrarrestarlos no pueden inscribirse dentro de diseños predestinados, pues quedan sujetos a todo tipo de contingencias, es decir, entrañan indisolublemente una dimensión temporal y espacial (Beck 2006).

La presentización de las sociedades contemporáneas modifica su relación con el pasado, y esto se observa en la activación del tema de la memoria. Así lo ha sostenido Peter Burke, para quien el interés creciente por la memoria es una reacción frente a la aceleración de las transformaciones socioculturales que tornan crítica la identidad, arrancando con mucha fuerza nuestro presente del pasado (Burke 2005). En la medida en que muchas dinámicas sociales entran en un proceso de aceleración, el pasado se escapa entre los dedos y ahí interviene la memoria para procurar recomponer una relación afectiva con ese pasado que se aleja prestamente.

Otro rasgo de esta presentización podemos observarlo desde una perspectiva más circunstancial al año-acontecimiento de 1968. Fue muy sintomática de las expresiones de rebeldía que sacudieron el año 1968 la concordancia temporal que supusieron todas ellas, así como el hecho de que atravesaran a todas las sociedades, sin distinción de su sistema socioeconómico. Fue un tipo de sincronización que se llevó a cabo sin la intermediación de ninguna organización internacional; su impulso inicial no emanaba de ningún centro neurálgico y se desarrollaba sin responder a ningún patrón compartido. Estas revueltas del 68 fueron una compleja amalgama de referentes internacionales con causalidades especiales, específicas de cada experiencia en particular. Es decir, su expresión no fue producto de un cambio en el sis-

tema internacional que habría afectado a las distintas sociedades, sino que obedeció a disímiles problemas y disyuntivas que experimentaban los diferentes países, pero que en un determinado momento se conectaron en su globalidad. Las revueltas del 68, en síntesis, fueron la primera clara demostración de que la globalización estaba dejando de ser una expresión internacionalizada y/o mundializada para adquirir una fisonomía *glocalizada*.

Por esta razón, consideramos que este nuevo régimen de historicidad, además de presentista, es global. Con esto queremos señalar que en la promoción del presente histórico los años finales de la década de los sesenta dieron un impulso para que se desarrollara una nueva matriz en la organización de la política mundial. Fue, en efecto, a partir de esta coyuntura cuando se asistió al acaecimiento de la globalización intensa contemporánea. Tal como ha sido documentado por la literatura especializada, la globalización constituye un tipo de proceso que hunde sus raíces en lo más profundo de la historia (Hopkins 2002, 2006; Robertson 2005). Sin embargo, nuestro presente histórico se distingue por el hecho de que la globalización ha alcanzado una intensidad tal que ha entrado a modelar el nacimiento de una nueva época histórica.

Fue precisamente en la coyuntura de finales de la década de los sesenta que la globalización comenzó a adquirir la fisonomía que hoy le conocemos. No sólo dejó atrás sus expresiones internacionalizadas –tal como las desarrolló desde la segunda mitad del siglo XIX– (Berger 2003), puesto que también significó una superación de la mundializada (tal como se impuso durante las dos primeras décadas de la Guerra Fría), sino que, dada su mayor intensidad, la globalización se empezó a convertir en el contexto en el cual se desarrollan muchas de las actividades humanas; comenzó a aludir también a un conjunto de mecanismos que acentúan las interpenetraciones entre las naciones y sirven de realización de muchos de los cambios que se despliegan en los distintos ámbitos sociales. La globalización también se ha convertido en una importante forma de *representación* y de entendimiento del mundo; es un tipo de globalismo que, para un número cada vez mayor de personas, se ha convertido en el criterio de referencia de su actuación, orientación y pensamiento (Osterhammel y Petersson 2005). Por último, pero no por ello menos importante, una de sus principales características tiene que ver con el hecho de que ha contribuido enormemente a ensanchar ciertas dinámicas globalizantes a lo largo y ancho del mundo, al tiempo que ha redimensionado lo local dentro de ese mismo contexto de globalidad.

Es decir, la globalización, a diferencia de lo que pudieron ser algunas de sus manifestaciones anteriores, comenzó a adquirir una fisonomía glocalizada (Robertson 1997). En ello, precisamente, radicó la importancia histórica de 1968. Vietnam, Corea del Norte, Japón, China, Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, el Pacto de Varsovia, Alemania, Italia, Francia, España, Inglaterra, Egipto, Cuba, México, Bolivia, Argentina, Canadá, Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional, el Concilio Vaticano II, la cotización del oro, la inflación, la televisión a color, etc., aparentemente poco tenían en común, pero, en los hechos, se encontraban fuertemente encadenados y sincronizados. En rigor, 1968 fue un año en que se produjeron acontecimientos en vías de globalización, que amalgama en distintos formatos las variadas situaciones geográficas, espaciales y temáticas. El espacio social, cultural y político tradicionalmente representado en el Estado nacional comenzó a ser sustituido en el 68 por un horizonte más amplio e indeterminado; en este sentido, el 68 ha expresado una tendencia propia del mundo globalizado: la tendencia hacia la desterritorialización del Estado y, más en general, hacia una separación de los pueblos, de las etnias, de las culturas, de sus espacios específicos de asentamiento (Giovagnoli 2005).

Esto nos lleva a colegir que una de las principales particularidades del 68 se expresa, por tanto, en que fue precisamente durante esa coyuntura histórica cuando se asistió por vez primera vez, de modo evidente y claro, al nacimiento de la *globalidad histórica*, es decir, a un entrecruzamiento entre ciertas tendencias que apuntaban hacia una mayor sincronización y el encadenamiento de variadas situaciones análogas en apariencia, pero distintas en cuanto a su contenido, con otras que, por su parte, expresaban el desarrollo de trayectorias históricas particulares, que sólo son aprehensibles a través de un análisis individualizado, pero dentro de un entramado de resonancias y encadenamientos que se presentan entre todas ellas. En esta globalidad histórica es donde nuestro presente reconoce trazos de su fisonomía más actual (Fazio 2007a).

Como resultado de todos estos cambios nuestra época comporta otra cualidad que la singulariza: sólo a partir de esta coyuntura el mundo se empezó a convertir en una categoría histórica (Ianni 1996). El mundo, más que un ideal abstracto o simple geografía, se ha convertido en la condición de existencia de los individuos y de las sociedades. O, para decirlo en otros términos, cuando el mundo se convierte en una categoría histórica, todos los individuos y colectivos comienzan por vez primera

a compartir *un mismo horizonte espaciotemporal*. Aquí se visualiza claramente la importancia que han comenzado a tener los estudios poscoloniales y subalternos, porque cuando Dipesh Chakrabarty planteó su polémica tesis sobre la “provincialización de Europa” (Chakrabarty 2000) no sólo estaba abogando por promocionar la necesidad de incluir otras experiencias “menos logradas” dentro de los grandes guiones narrativos, sino que también convirtió a Europa en una provincia en el momento mismo en que parecía estarse realizando la occidentalización del mundo, debido a que sus confines empezaron a volverse porosos, y, a través de estos intersticios, los códigos coloniales empezaron a filtrar el interior de aquello que continuaba pensándose como el centro (Mezzadra 2008).

Hemos querido destacar de manera deliberada esta conjunción temporal entre la poscolonialidad y la globalización porque ambos procesos constituyen el alfa y el omega de otro gran proceso: el inicio de la conformación de una modernidad mundo. Desde finales del siglo XVIII tuvieron lugar el desarrollo y la difusión de lo que hemos denominado como la modernidad clásica. En el fragor de los años sesenta se comenzó a asistir a un declive de esa forma tradicional de modernidad y a su sustitución por una modernidad mundo, con base en una pluralización de las formas de modernidad. Sobre el particular, Charles Taylor hace relativamente poco tiempo escribió:

Si definimos la modernidad en términos de ciertos cambios institucionales, como la difusión del moderno Estado burocrático, la economía de mercado, la ciencia y la tecnología, es fácil seguir alimentando la ilusión de que la modernidad es un proceso unificado destinado a producirse en todas partes de la misma forma, hasta llevar cierta convergencia y uniformidad al mundo. Mi convicción fundamental es que debemos hablar más bien de múltiples modernidades, de diferentes formas de erigir y animar ciertas formas institucionales (2006, 225).

Si bien concordamos plenamente con el espíritu de la tesis de Taylor, somos de la opinión de que en lugar de múltiples modernidades se debería hablar de modernidades *entramadas* o *sobrepuestas*, porque cuando se pluraliza hasta el extremo la noción misma de modernidad, el concepto queda vacío de contenido y resulta poco operativo; con esta conceptualización sobre las modernidades entramadas queremos privilegiar los numerosos entrecruzamientos que registran las diferentes experiencias históricas, sus variadas superposiciones, que,

en su conjunto, van definiendo el sentido y el contenido que adquiere la modernidad global o modernidad mundo. No está de más recalcar que, en su naturaleza intrínseca, unas modernidades entramadas no pueden ser locales o regionales, sino que tienen que realizarse en su globalidad.

Estas transformaciones han ocasionado un cambio en ningún caso menor en lo que se refiere a la historia, en su doble acepción, como forma de conocimiento y como proceso: el tránsito hacia un escenario de historia global, la cual representa algo muy distinto a las legendarias y cuestionadas (Goody 2008) historias universales y mundiales, puesto que las primeras fueron simplemente una agregación de partes sueltas, presuntamente articuladas en torno a un núcleo, mientras que las otras se han pensado preferentemente como un sistema o una macroestructura. La global, por el contrario, carece de un elemento unitario que la sustancie. Por historia global entendemos la sincronización y el encadenamiento que registran las disímiles trayectorias históricas, las cuales entran en sincronidad, resonancia y retroalimentación. Esta historia sólo ha tenido existencia durante nuestro presente histórico. Con este concepto queremos señalar varias cosas: primero, que ningún país, localidad o región del planeta puede seguir siendo pensado como una categoría analítica aislada, puesto que todos ellos han pasado a ser parte de una totalidad mayor. Segundo, se asiste a un tenso desdoblamiento de las dinámicas contemporáneas a través del entrelazamiento de la diacronía de los entramados históricos particulares con la sincronía de la contemporaneidad globalizada.

En la historia global se asiste, por tanto, a una intensa concordancia y a un fuerte entrecruzamiento de un sinnúmero de temporalidades relativas, fenómeno que obviamente pluraliza el sentido último del mundo y en ningún caso lo singulariza y homogeneiza. Esta historia global tiene como otro de sus rasgos el hecho de que es *menos occidental y más contemporánea*, es una historia mundo, de la que habla Marcello Flores (2002), circunstancia que no se produjo como resultado del azar, sino que fue promovida, desde luego, por la forma que revistió el afianzamiento de la misma historia universal en un contexto de creciente mundialidad. Si recordamos a Reinhart Koselleck, con su célebre fórmula de “la contemporaneidad de lo no contemporáneo” (Koselleck 2002), se puede reconocer que en el camino de la civilización que fue inherente a la concepción tradicional de la historia universal, se presuponía la existencia de un ordenamiento cronológico, catalizado por la preemi-

nencia europea sobre los restantes pueblos. La excepcionalidad de nuestro presente histórico radica en que éste se conforma a partir de esta matriz global, situación que conlleva una comunión cada vez más fuerte entre las historias presentes (diacrónicas) con el presente histórico (sincrónico). Es decir, el nuestro es un presente global, donde la contemporaneidad cronológica se ha convertido en una *contemporaneidad histórica*. Como señala Agostino Giovagnoli:

El conocimiento de la simultaneidad entre eventos que se verifican en lugares muy lejanos ha contribuido a difundir la sensación de vivir todos dentro de un mismo espacio: el espacio del mundo. Gradualmente, la distinción entre la contemporaneidad cronológica y la contemporaneidad histórica, entre el desarrollo de Europa y el atraso de los otros continentes, basada en la centralidad europea en la historia de la civilización, se ha tornado insostenible (Giovagnoli 2005, 47).

Una historia global difiere igualmente de los esquemas anteriores, porque la “universalidad” de la historia en torno a un centro organizador *fuerte*, función que correspondió a Europa y a Occidente durante casi cinco siglos, ha ido poco a poco cediendo su lugar a una configuración histórica *débil*, pero no por ello menos efectiva, la cual carece de un núcleo territorial y/o espacial con capacidad para organizar y proveer de sentido al conjunto. Es débil, igualmente, porque la historia se ha convertido en un entramado que deja de ordenarse a partir de las grandes instituciones de poder del ayer. Esta transmutación que ha experimentado el desarrollo histórico de la humanidad se puede valorar, como ha sostenido Gérard Leclerc (2000), como el inicio de una nueva gran revolución en la historia de la humanidad.

En conclusión, la evidencia histórica demuestra que el final de los años sesenta fue una coyuntura que impuso el advenimiento de una nueva época histórica. Ahora bien, en la medida en que todavía nos reconocemos en ese conjunto de transformaciones, hemos sostenido que ese momento constituyó el inicio de nuestro presente histórico. Cuando las cosas se observan desde este ángulo, se valoran de manera distinta nuestro presente y las posibilidades de construir futuro. El presente deja de ser una pesada carga que paraliza, para convertirse en una oportunidad. Los marcos cronológicos de este presente se extienden desde 1968 hasta el momento actual, hasta cuando sobrevenga un nuevo presente que reconsidere su periodización. Cuarenta años después, los sesenta todavía conservan su actualidad. ⊗

REFERENCIAS

1. Arrighi, Giovanni. 1999. *Movimientos antisistémicos*. Madrid: Akal.
2. Barraclough, Geoffrey. 2005. *Guida alla storia contemporanea*. Bari: Laterza.
3. Beck, Ulrich. 2006. *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*. Barcelona: Paidós.
4. Beck, Ulrich. 2002. *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*. Barcelona: Paidós.
5. Berger, Suzane. 2003. *Notre première mondialisation. Leçons d'un échec oublié*. París: Seuil.
6. Braudel, Fernand 1969. *Ecrits sur l'histoire*. París: Flammarion.
7. Braudel, Fernand. 1979. *Civilisation matérielle, économie et capitalisme. XV-XVIIIème*. París: Armand Colin.
8. Braudel, Fernand. 2002. *Historia y ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
9. Brenner, Robert. 1996. *La gran turbulencia*. Santiago: Lom Editores.
10. Burke, Peter. 2005. *Storia culturale*. Boloña: Il Mulino.
11. Castells, Manuel. 2006. *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
12. Catucci, Stefano. 2008. *Foucault*. Bari: Laterza.
13. Chakrabarty, Dipesh. 2000. *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton University Press.
14. Chesneaux, Jean. 1996. *Habiter le temps*. París: Bayard.
15. Cohen, Daniel. 2001. *Nuestros tiempos modernos*. Barcelona: Tusquets.
16. Fazio, Hugo. 2002. *El mundo después del 11 de septiembre*. Bogotá: Alfaomega.
17. Fazio, Hugo. 2004. *El mundo en los inicios del siglo XXI: ¿hacia una formación social global?* Bogotá: Universidad de los Andes.
18. Fazio, Hugo. 2007a. *La historia y el presente en el espejo de la globalización*. Bogotá: Universidad de los Andes.
19. Fazio, Hugo. 2007b. *El mundo y la globalización en la época de la historia global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
20. Fink, Carole, Philipp Gassert y Detlef Junker (Eds.). 2003. *1968. The World Transformed*. Cambridge: Cambridge University Press - German Historical Institute.
21. Flores, Marcello. 2002. *Il secolo mondo. Storia del novecento*. Boloña: Il Mulino.
22. Frieden, Jeffrey. 2006. *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
23. Fukuyama, Francis. 1992. *El fin de la historia y el último hombre*. Bogotá: Planeta.
24. Galasso, Giuseppe. 2000. *Nient'altro che storia. Saggi di teoria e metodologia della storia*. Boloña: Il Mulino.
25. Garton, Timothy. 2000. *Historia del presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90*. Barcelona: Tusquets.
26. Giovagnoli, Agostino. 2005. *Storia e globalizzazione*. Bari: Laterza.
27. Goody, Jack. 2008. *Il furto della storia*. Milán: Feltrinelli.
28. Gwynne, Robert y Cristóbal Kay. 2004. *Latin America Transformed. Globalization and Modernity*. Oxford: Oxford University Press.
29. Hartog, François. 2003. *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps*. París: Seuil.
30. Harvey, David. 1997. *La condición posmoderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
31. Hobsbawm, Eric. 1997. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
32. Hobsbawm, Eric. 1999. *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*. Barcelona: Crítica.
33. Hopkins, Anthony (Ed.). 2002. *Globalization in World History*. Nueva York: Norton.
34. Hopkins, Anthony. 2006. *Global History: Interactions between the Universal and the Local*. Pallgrave: MacMillan.

35. Huntington, Samuel. 1996. *El choque de las civilizaciones*. Barcelona: Paidós.
36. Ianni, Octavio. 1996. *Teorías de la globalización*. México: Siglo XXI.
37. Institut d'Histoire du Temps Présent. 1993. *Écrire l'histoire du temps présent*. París: Éditions du CNRS.
38. Kaldor, Mary. 2004. *La sociedad civil global*. Barcelona: Tusquets.
39. Kern, Stephen. 1995. *Il tempo e lo spazio. La percezione del mondo tra Otto e Novecento*. Boloña: Il Mulino.
40. Koselleck, Reinhart. 2001. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós.
41. Koselleck, Reinhart. 2002. *historia/Historia*. Madrid: Trotta.
42. Kurlansky, Mark. 2004. *1968. El año que conmocionó el mundo*. Barcelona: Ediciones Destino.
43. Laïdi, Zaki. 1998. *Malaise dans la mondialisation*. París: Editions Textuel.
44. Leclerc, Gérard. 2000. *La mondialisation culturelle. Les civilisations à l'épreuve*. París: PUF.
45. Mezzadra, Sandro. 2008. *La condizione postcoloniale. Storia e politica nel presente globale*. Verona: Ombre Corte.
46. O'Brien, Robert y Marc William. 2004. *Global Political Economy: Evolution and Dynamics*. Nueva York: MacMillan.
47. Ominami, Carlos. 1986. Tercera Revolución Industrial y opciones de desarrollo. En *La Tercera Revolución Industrial. Impactos internacionales del actual cambio tecnológico*, ed. Carlos Ominami, 57-69. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
48. Osterhammel, Jürgen y Niels Petersson. 2005. *Storia della globalizzazione*. Bologna: Il Mulino.
49. Polanyi, Karl. 1997. *La gran transformación*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
50. Rémond, René. 2007. *Regard sur le siècle*. París: Sciences Po les Presses.
51. Robbie, Robertson. 2005. *3 olas de globalización. Hacia una conciencia global*. Madrid: Alianza.
52. Robertson, Roland. 1997. Glocalization: Time-space and Homogeneity-Heterogeneity. En *Global Modernities*, eds. Mike Featherston, Scout Lash y Roland Robertson, 25-44. Londres: Sage.
53. Rousso, Henry. 1998. *La hantise du passé*. París: Textuel.
54. Taylor, Charles. 2006. *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona: Paidós.
55. Todorov, Tzvetan. 2003. *El nuevo desorden mundial*. Barcelona: Península.
56. Westad, Arne. 2005. *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of Our Times*. Cambridge: Cambridge University Press.
57. Zariffian, Philippe. 2001. *Temps et modernité. Le temps comme enjeu du monde moderne*. París: L'Harmattan.

PRENSA CONSULTADA

58. Beck Ulrich. 2008. Estado de excepción económico. *El País*, 29 de octubre.
59. Garton, Timothy. 2001. Sotto le macerie la grande illusione. *La Repubblica*, 15 de septiembre.

